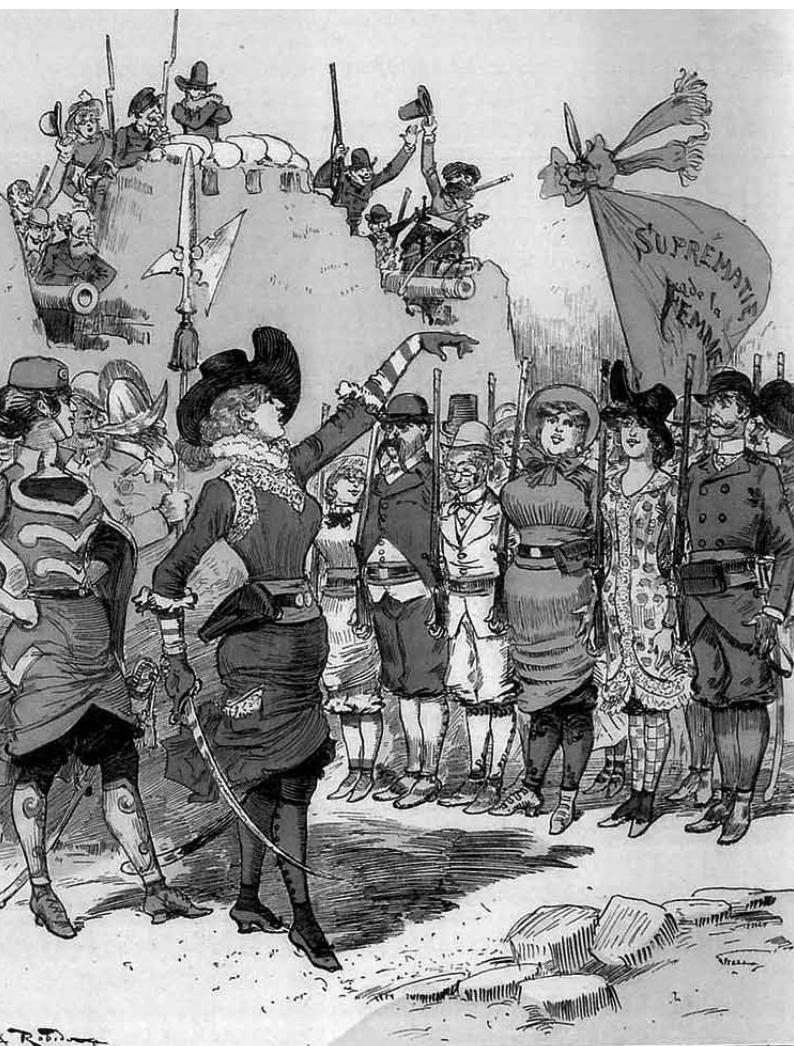


# El libro en los tiempos del libro

Gerardo Piña



IMAGINE QUE UN LIBRO PUEDA LLEGAR a cualquier rincón del planeta en segundos, que su tiraje no se acabe nunca, que corregir las erratas sea un asunto de minutos, que no pese, no haga bulto y que cueste mucho menos que un libro convencional. El libro electrónico no es novedad o no debería serlo, puesto que es algo común en muchos países; principalmente en aquellos de habla inglesa. ¿Por qué en México es aún una rareza tanto para el grueso de los lectores como para la industria editorial? En este texto intento aventurar algunas respuestas.

Es fácil creer que las condiciones económicas de nuestro país son el primer obstáculo para una producción y difusión masiva de libros electrónicos como medio educativo y de entretenimiento. En Estados Unidos y en Europa los *e-books* están en los lectores digitales y teléfonos de todas las personas, “porque allá todos tienen dinero”, pensamos, “pero en México somos pobres”. Precisamente por los costos que implica tener un libro electrónico y el soporte adecuado para leerlo es que debería ocurrir lo contrario. En Estados Unidos, por ejemplo, basta con comprar un libro convencional mediante internet para recibirlo al día siguiente o, a lo sumo, en tres días. En México hay que esperar semanas para obtener un libro de esta misma forma y a veces la espera puede ser eterna para que algún librero nos consiga lo que estamos buscando. Los libros son menos accesibles en las poblaciones que más los requieren,



y aunque hoy es posible lograr una difusión de los libros como nunca antes, el tema aún no ha sido suficientemente discutido en México.

Y es que los libros electrónicos no sólo se leen en dispositivos creados específicamente para ese fin. Si bien hay mucha gente que aún no tiene acceso a una computadora ni al internet, cada vez es menos. Hoy la mayoría de los libros electrónicos que podemos descargar en línea están en formatos PDF, DOC, EPUB, MOBI o HTML, formatos que prácticamente cualquiera que tenga una computadora puede abrir y leer. El Kindle de [Amazon.com](http://Amazon.com), el dispositivo más popular en Inglaterra y Estados Unidos, y acaso el más completo, cuenta con programas de descarga gratuita para leer los libros comprados en dicho portal. No es necesario contar con un Kindle físicamente para leer los libros electrónicos que están a la venta en el portal de Amazon; puede descargarse de manera gratuita el programa de lector Kindle tanto para PC como para Mac, al igual que otros programas como Mobi Reader o Calibre que tienen la misma función de ser programas para lectura de *e-books* en pantalla. Acervos como los de [librodot.com](http://librodot.com), [materialdelectura.unam.mx](http://materialdelectura.unam.mx) o [bibliotecayacucho.gob.ve](http://bibliotecayacucho.gob.ve) nos darían material gratuito de lectura para varios años y son colecciones en español. La que probablemente sea la mayor biblioteca en línea, [gutenberg.org](http://gutenberg.org), tiene un acervo de libros en español que crece cada vez más

rápido, pero ¿qué pasa en el mundo editorial contemporáneo en México? ¿Por qué no hay más ediciones y reediciones de libros en formato electrónico en nuestras editoriales?

Los intentos del Fondo de Cultura Económica o de librerías como El Sótano y Gandhi (que pese a sus ridículas dimensiones son probablemente las más grandes del país) por vender y difundir libros electrónicos son menos que insuficientes. ¿Dónde están los editores que podrían rescatar libros fuera de circulación, crear colecciones nuevas, difundir trabajos universitarios para que ahora sí lleguen a la gente que en última instancia da sentido a esa vida académica y editorial?

Un editor ya no requiere de las librerías para vender libros en formato electrónico, tampoco del auspicio de alguna entidad privada o pública que financie sus proyectos. De hecho cualquiera que así lo desee puede autopublicarse y vender o regalar sus libros en varios portales electrónicos. Con mayor razón las editoriales en países con serios problemas de lectura como México deberían sacar provecho de estas ventajas.

### **Mayor importancia a la venta de libros que a su lectura, selección, cuidado y factura**

Todo editor, por obiedad, lee más de lo que publica. Invierte mucho tiempo en elegir qué libros

publicar y en ofrecer razones que sustenten esa elección. Sobre el cuidado y factura del libro ni hablamos; se trata de un proceso complejo, meticuloso y a veces desquiciante. Todo esto forma parte del trabajo editorial, se da por sentado. Sin embargo, si un editor está más preocupado por vender títulos y no por crear un catálogo sólido, la idea de publicar libros electrónicos pierde fuerza. Porque este tipo de publicación pone un énfasis en algo que se ha vuelto casi un tabú: reconocer que el libro tiene mucha menor importancia que su contenido. En un libro, el discurso, el texto, es lo fundamental. Un libro electrónico se presenta sin florituras físicas ni simbólicas. Uno abre un *e-book* y no tiene más opción que leer. La elección de un catálogo de libros electrónicos, de reediciones, de apuestas por autores noveles empleando este formato muestra al editor en toda su vulnerabilidad. Se ve su apuesta a un texto, no a todo lo que lo rodea.

### **Si te publican en formato electrónico, no has publicado**

Persiste el prejuicio de que la publicación de una obra en formato electrónico (ni qué decir de la autopublicación) es inferior a la de una publicación

convencional. Seguimos sin rigor y sin formación de lectores por los libros mismos, pero nos encanta mantener una visión editorial jerárquica que cada vez se sostiene menos por razones literarias que por meros motivos comerciales. Nuestros premios, la mayor parte de nuestros críticos literarios y ni qué decir del pésimo trabajo de las librerías mexicanas o la —para efectos prácticos— inexistente red de bibliotecas públicas nos tienen acostumbrados a despreciar el texto y a admirar etiquetas.

Si un libro está publicado bajo un sello español debe ser muy bueno, pensamos. Si un libro recibió tal premio o si el autor figura en la lista de los becarios en turno del FONCA, también damos por hecho que el trabajo es bueno. Hablo, desde luego, en términos generales, pues si hay un público lector que se ensaña contra los patrocinios, premios y sellos editoriales en su discusión es el de los propios autores.

Es tiempo ya de devolverle al texto y al autor lo que merecen: atención y cuestionamientos; y también es tiempo de dejar atrás las ideas románticas en torno a los libros (su olor, su textura, su volumen). Al menos en un país que tiene urgencia de lectores y de material de lectura accesible. 